

**Lima, Año XVI, No. 160, mayo - junio, 2015**

**VOCES FEMENINAS DEL EXILIO  
MARIANELLA COLLETTE**

Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2013.

Este libro es una compilación de entrevistas con doce escritoras argentinas - María Branda, Pilar Calveiro, Iverna Codina, Cristina Feijóo, Marta Goldín, Alicia Kozameh, Alicia Parnoy, Sara Rosenberg, Cristina Siscar, Nora Strejilevich, Marta Vassallo, Marisa Villagra - que rememoran sus particulares vivencias en relación a la experiencia de censura, represión política, social y cultural de los 70, y de cómo el exilio dejó huellas en su escritura.

**Introducción**

El golpe de estado del 24 de marzo de 1976 derrocó al gobierno constitucional de la presidenta María Estela Martínez de Perón, imponiendo en la República Argentina una de las más cruentas dictaduras de su extenso historial de interrupciones institucionales. Se consolidó así un sofisticado aparato represivo, cuyo accionar había comenzado a conformarse en los años previos a la toma del poder por la cúpula militar. Ya antes de la asunción del gobierno democrático peronista en 1973, fuerzas parapoliciales de la ultraderecha del movimiento peronista, conocidas como Alianza Anticomunista Argentina comenzaron a operar clandestinamente. Esta organización dedicó sus esfuerzos a la persecución y asesinato de individuos pertenecientes a la izquierda del frente peronista como también a opositores políticos de raíz progresista forzando al exilio a gente perteneciente al ámbito de la política, el arte y la cultura. La modalidad operativa utilizada por la triple A, sentó un sombrío precedente de accionar clandestino, persecución y asesinato, que forzó la fractura entre la juventud de izquierda peronista y sectores de derecha del movimiento. En el transcurso de 1975, una serie de decretos promulgados por el poder ejecutivo del gobierno democrático, otorgaron al poder militar un mayor protagonismo operativo en la represión ciudadana. En el primero de ellos, el poder ejecutivo a cargo de la presidenta de la Nación, María Estela Martínez de Perón, apeló a las fuerzas armadas, demandando el total exterminio de grupos sediciosos integrados primordialmente por fuerzas del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) que pretendían forjar una base territorial en la selva tucumana. En una operación conjunta ejército y fuerza aérea, pusieron en acto el llamado "Operativo Independencia" que afectó a toda la provincia de Tucumán. Las fuerzas militares desarrollaron, un intenso operativo con una faceta de accionar clandestino, que de la selva acabó extendiéndose al ámbito urbano de la ciudad de San Miguel de Tucumán. Se generó una verdadera persecución ideológica, que caló profundamente valores referentes a la libertad cultural y política en toda la provincia. El secuestro, la reclusión ilegal, la tortura y desaparición de cuerpos de las víctimas, fueron algunas de las características que tuvo esta intervención militar.

En octubre de 1975, en respuesta a un ataque a una unidad militar en Formosa, con un elaborado despliegue y coordinación en manos de la organización guerrillera Montoneros, el presidente provisional, Ítalo Argentino Luder, elaboró y promulgó los llamados "Decretos de Aniquilamiento" Ordenamientos legales que concedieron a las fuerzas armadas, un mayor protagonismo en la represión político-cultural, al otorgarles potestad discrecional, para ejecutar procedimientos que consideraran necesarios para el total aniquilamiento de la subversión, esta vez en todo el territorio de la nación. Estos decretos facilitaron la coordinación operativa entre fuerzas armadas, policiales, prefectura naval, gendarmería nacional, personal del servicio penitenciario y servicio de inteligencia, al ponerlas bajo el mando operativo de comandantes militares a cargo de las distintas regiones marciales en que se dividió el territorio nacional.

En 1976 la situación política, económica y social se había deteriorado en extremo, escapando a toda posibilidad de control por parte del gobierno nacional, y de acuerdo entre las distintas fuerzas políticas. Esta situación fue capitalizada por las fuerzas militares y se tornó inminente la fractura institucional. Luego del golpe de estado del 1976, se sucedieron cuatro juntas militares de gobierno, estructuradas con representación de los tres poderes castrenses, Ejército, Armada, y Fuerza Aérea. Los presidentes de facto fueron designados sucesivamente por ellas, y estuvieron a cargo del poder ejecutivo durante los años de represión militar. La estrategia ideológica-represiva continuó consolidándose, sistematizando un implacable plan operativo, que terminó avasallando derechos y libertades de ciudadanos en todo el territorio nacional. Se utilizó una estrategia arbitraria destinada a individualizar, perseguir y exterminar toda manifestación, política, cultural y religiosa, considerada en consonancia con ideologías de izquierda. Bajo la eufemística denominación de "Proceso de Reorganización Nacional" el gobierno de facto puso en acto una masiva y metódica censura que afectó profundamente la vida cultural y política de la nación. Se impuso un verdadero terrorismo de estado, responsable de una multiplicidad de crímenes de lesa humanidad. La tortura, el asesinato, el secuestro, la apropiación ilegítima de recién nacidos, la desaparición forzada de miles de víctimas de la más variada procedencia, fueron algunas de las figuras criminales más relevantes.

El gobierno de facto puso en marcha un doble sistema operativo de represión. En un espectro clandestino, se crearon centros de detención en los cuales miles de personas fueron privadas ilegítimamente de libertad, sometidas a la más variada y brutal gama de torturas, para ser luego en su mayoría ultimados, haciéndose desaparecer sus cuerpos de las maneras más atroces. En otro espectro, pero manifiesto, el gobierno de facto utilizó una estructura jurídica de censura, heredada del gobierno constitucional, que facilitó la intervención de medios de comunicación y asistió en la manipulación del discurso de poder totalitario. El ejecutivo de facto emitió también una serie de decretos internos destinados a reformar la política carcelaria de todo el país, con la intención de propiciar un ámbito discriminatoriamente riguroso para prisioneros políticos, creando también condiciones adversas y humillantes para los familiares de los mismos. A la población carcelaria de presos políticos detenidos durante el gobierno constitucional, se le sumó gradualmente la de secuestrados y desaparecidos, que habían sido puestos a disposición del poder ejecutivo durante el gobierno de facto. El pequeño porcentaje de

secuestrados y desaparecidos que llegó al sistema carcelario, debió atravesar previamente la franja clandestina del sistema represivo. Fueron secuestrados "grupos de tareas" compuestos por integrantes de las fuerzas militares y cuerpos de seguridad estatal; removidos abruptamente de sus domicilios, lugares de trabajo, centros educacionales u otros espacios de ámbito público y privado. Este modus operandi propiciaba un profundo efecto psicológico de desconcierto y terror, cuya intención fue acallar voces de familiares y allegados de los desaparecidos, que temían que la articulación de sus reclamos pudiera producir un daño en los detenidos, en caso que estos estuvieran aún con vida. Esta metodología subrepticia creó en la población en general una actitud de no entrometerse, por temor de que pudiera sucederles lo mismo, e igualmente profundizó la incógnita con respecto al número total de muertos-desaparecidos, cifra, que según los organismos de derechos humanos del país, oscilarían alrededor de los 30.000 ciudadanos. Esta caótica saga de censura, persecución, detención clandestina, asesinato y desaparición que se fue consolidando en el país, generó diversas formas de exilio, protagonizadas por militantes políticos y gente relacionada al arte y la cultura.

Este libro es una recopilación de entrevistas con doce escritoras argentinas que rememoran sus particulares vivencias en relación a la experiencia de censura, represión política, social y cultural de los 70, y de como el exilio impactó su conexión con la escritura. Las escritoras entrevistadas fueron: María Branda, Pilar Calveiro, Iverna Codina, Cristina Feijóo, Marta Goldín, Alicia Kozameh, Alicia Parnoy, Sara Rosenberg, Cristina Siscar, Nora Strejilevich, Marta Vassallo, y Marisa Villagra. En sus relatos ellas manifiestan el vínculo existente entre acto de escritura y las diversas temáticas tabúes de la época de represión política y militar en la argentina. En estas entrevistas hemos dialogado sobre temas como el impacto que tuvo la censura y autosensura, los peligros de la militancia política, la huida secreta del país, la detención en centros clandestinos y su paso posterior por establecimientos carcelarios en calidad de presas políticas, el destierro forzoso, el desgarramiento producto del alejamiento, muerte o desaparición de seres queridos, el impacto que tuvo la lejanía de sus respectivos centros de referencia y pertenencia, las experiencias positivas y negativas que el exilio trajo a sus vidas y sobretodo cómo todas estas intensas experiencias emocionales impactaron en su creatividad y específicamente en su relación con la escritura. Todas ellas coinciden en que el acto de la escritura proveyó un instrumento invaluable, que asistió al reconocimiento e integración de trozos de historia individual y colectiva, censurados y autocensurados por la violencia y el dolor. Afirman también que la escritura proveyó la posibilidad terapéutica de unir no solo fragmentos del rompecabezas personal sino también de esta historia de la infamia nacional, reconciliando el espectro emocional con hechos turbulentos del pasado y particularmente reconectando el sufrimiento con una gama de experiencias profundamente traumáticas. Este libro rinde homenaje al coraje demostrado por estas escritoras que optaron por continuar escribiendo, sobreponiéndose a vivencias de extrema intensidad. Cada escritora, con su personal aproximación literaria y periodística, utilizó al proceso creativo de escritura como forma de desafiar al silencio impuesto y autoimpuesto, colaborando en la difícil tarea de otorgar narrativa a uno de los procesos más dolorosos de la historia argentina.

## Iverna Codina pp. 43-68

### ¿En qué año sales del país y en qué condiciones?

Era el año 1976, septiembre. Todavía no había pensado en el exilio aunque las calles se habían puesto peligrosas. La muerte circulaba a bordo de los Ford Falcon sin patentes; súbitas requisas en los bares, en los cafés, en los ómnibus; secuestros a la luz del día; operativos nocturnos y autos anónimos para los muertos. Todo esto lo sabíamos por las noticias susurradas en las esquinas- los diarios no publicaban nada- y lo que escuchábamos era terrible.

A Bournichon, vendedor andariego de poesía lo deshicieron a tiros de Itaka; de Haroldo Conti, excelente narrador que en un año antes fuera invitado a La Habana por la Casa de la Américas, no había rastros, se lo llevaron una noche cuando regresaba del cine con su mujer, lo estaban esperando en su casa; y a Rodolfo Walsh lo secuestraron y desapareció inmediatamente después que denunció el secuestro de su hija. Y estaban los cadáveres que aparecían sin nombre en los bosques de Ezeiza o flotando en el río.

El círculo se iba cerrando, cada vez era gente más próxima que secuestraban y desaparecían. La consigna fue mostrarse poco y "limpiar" la casa de libros, revistas o papeles "sospechosos". Y el círculo se cerró. Un atardecer sonó el timbre de mi departamento en el noveno piso. Pregunté quién era, y el portero me respondió con voz urgida: ¡Abra, por favor, la busca un señor! Abrí y apareció "el hombre de traje gris", impasible, que dirigió el allanamiento con un formulismo frío, impostado, más desquiciante que la violenta requisa de los cinco gorilas a sus órdenes con la 45 bien visible, escarbando placares, cajones, biblioteca, buscando armas que nunca tuve, literatura subversiva. No encontraron nada, había "limpiado" el departamento dos días antes. "El hombre de traje gris", posesionado de mi escritorio revisaba los cajones mientras indagaba sobre mi vida. Yo, de pie frente a él, apenas sostenía el golpeteo de mi corazón. Algo había encontrado: ¿Y esto? dijo sacudiendo las hojas de la carta bajo mis ojos que había escapado a mi limpieza. Fechada en Roma tantos años atrás, qué importancia podía tener. La tenía: De quién era, qué hacía en Roma, había regresado ¿cuándo?, o continuaba allá. Es de un amigo periodista, le dije eludiendo la verdad. Dudaba "el traje gris" mientras silabeaba mordaz el encabezamiento de la carta: Compañera Iverna, y la referencia a la izquierda extraparlamentaria italiana ¿no se trataba de las Brigadas Rojas? La carta, la revista- un número viejísimo de circulación prohibida de "Cristianismo y Revolución" eran pruebas suficientes, ¿suficientes para qué?

Terminado el allanamiento con su impasible frialdad, me informó: Vamos a seguir buscando a su hijo. Lo necesitamos vivo y no muerto- recalcó las últimas palabras. Me temblaban las piernas, ése era el método, la tortura, vivo para torturarlo hasta que delatara compañeros y después pasaría a integrar la lista de desaparecidos. Felizmente, mi hijo Jorge Giannoni estaba a salvo en La Habana, trabajando como director en el Instituto Cubano de Arte y la Industria Cinematográfica (ICAI). En los

años 1967 y 68 cursó estudios en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma, y desde allí me había enviado la carta.

Antes de abandonar mi escritorio, "el hombre de traje gris" echó una mirada inquisitiva a los tres estantes de libros que acababa de revisar, sacó uno y me preguntó mordaz: ¿Y este libro? Creí llegado mi último minuto. El libro era nada menos un ejemplar de mi novela "Los Guerrilleros". Le contesté con voz quebrada: Es la historia del antihéroe. ¿Entendería algo? Juntó el libro con la carta y la revista "Cristianismo y Revolución", no dijo una palabra y salió con los cinco gorilas que lo acompañaban. El allanamiento había terminado. Cerré la puerta, escuché el ascensor que bajaba, y el motor de un auto que arrancó en la calle, me asomé discretamente al balcón: Sí, se habían ido. Sentí la necesidad imperiosa de huir, no podía quedarme un minuto más en ese ambiente angustiante, opresivo. Bajé, le expliqué al portero que buscaban a mi hijo, pero que él no estaba en el país, trabajaba en Venezuela, no quise mencionar Cuba. Ya estaban encendidas las luces de la calle, sentía frío, cansancio, desánimo profundo. Caminé ocho cuadras, necesitaba la ayuda de mi amiga entrañable ¿estaría? Sí, ascensor, tercer piso, Delia me esperaba con la puerta abierta de su departamento, entramos, no necesitó palabras para darse cuenta de lo sucedido. Yo estaba a salvo, no me habían arrestado, Jorge, mi hijo estaba fuera del país, me animaba.

Dormir y descansar era imprescindible en ese momento. Me dio algo caliente a beber y un comprimido sedante. Y me ofreció su diván de sicoanalista por esa noche y todas las noches que necesitara para dormir porque no tendría valor ni era prudente que pasara las noches en mi departamento. Así pasaron varias semanas. Dormía en el consultorio de Delia Gómez y antes de las ocho se lo dejaba ordenado para que atendiera a su primer paciente. Yo volvía a mi departamento tratando de aparentar una vida normal que no era, no tenía futuro. Pensé vender el departamento y mudarme a otro barrio, era difícil y complicada la operación. Pensé volver a Mendoza, tenía familiares allí. Me avisaron que no me moviera, demasiado riesgo.

Una mañana como tantas otras, llego temprano, abro con mi llave la puerta del edificio, me dirijo al ascensor, tenía la puerta abierta para subir y en ese preciso instante aparece el portero y con una cara de espanto como si hubiera visto un fantasma me hace señas con la mano para que me acercara y me dice casi en secreto: Váyase, la están esperando desde anoche.

Sí, había llegado el momento del exilio. Mi amigo próximo que tenía una agencia de turismo. Me asesoró: todas las salidas del país estaban bajo estricto control, aeropuertos, empresas de ómnibus para turismo, embarcaciones de turismo que partían del puerto de Buenos Aires. Dentro de la inseguridad total, lo menos inseguro era un tour de lujo a Río de Janeiro pasando por Foz Iguazú para visitar las cataratas del Iguazú, atractivo turístico hasta hoy. En pocos días tuve que resolver trámites de pasaje, documentación personal y detalles no menores como la ropa- tenía sólo lo puesto- valija, bolso de mano y demás. Así, el día 17 de octubre de 1976 partía en el pullman de lujo con el discreto saludo desde lejos de amigas solidarias.

Fueron dos días y una noche de angustiosa inseguridad. El ejército había establecido puestos de control en toda la ruta para requisar todo vehículo que circulara. Primero, el oficial a cargo del operativo pedía al chofer la lista de pasajeros y la controlaba con otra que tenía, luego subía al pullman (ómnibus) y revisaba los bolsos de mano y carteras. Mientras se realizaba la requisa, el vehículo permanecía rodeado de soldados con el arma lista para el ataque. La guía del grupo era una mujer joven, muy eficiente y ejecutiva, proponía cantos y juegos para entretener al pasaje. Pero nada de eso despejaba mi ánimo, la amenaza funesta que en las listas de control apareciera mi nombre.

Por fin nuestro pullman de lujo se detuvo en la explanada, a doscientos metros corrían las aguas del Uruguay y del otro lado del río estaba Brasil. Pero antes, cien metros antes, se interponía la casilla de migraciones donde la Prefectura, ejército o quién sabe que nueva especie de milicos controlaba la documentación. El lugar para ser mirado con ojos y ánimo de turista era paradisíaco. Árboles inmensos de frondas tupidas, el canto estridente de los pájaros en profusión de formas y colores, mariposas enormes como pañuelitos sueltos, blancos, rojos, amarillos ¿agitando un adiós? Pero yo tenía los ojos clavaos en el río, en la ribera opuesta, en el verde del otro lado donde debía terminar la pesadilla de ese absurdo tour. Mientras, los felices pasajeros, señoras y señores, se dispersaban ávidos de novedades y de fotos turísticas. La eficiente guía recogía los pasaportes para hacer los trámites en Migraciones. La balsa ya estaba próxima al embarcadero, sobre esa explanada de tabloncillos viejos haría el cruce del río el pullman de lujo ¿con todos los pasajeros? ¿con todos, todos? repetía las palabras que me dolían como golpes en el cerebro, porque antes necesitaba que mi pasaporte pasara el último filtro de las listas negras. Miré hacia la oficina de Migraciones. La guía no venía sola, la acompañaban muy serios y decididos dos uniformados que se dirigían hacia el pullman. ¿Venían por mí? ¿Estaba en la lista de los servicios? Fue inútil el instintivo arranque de la huida, las piernas se negaban. Apoyé la espalda contra el tronco del árbol próximo, sujeta la manos en la corteza áspera con la mente en blanco y los ojos fijos en la maniobra de la balsa atracando en el embarcadero. Pasaron segundos que parecían eternos, cuando escuché la voz amable de mi ocasional compañero de asiento: "Salimos enseguida, los de la Prefectura están anotando el número del motor del pullman". Notó mi rostro demudado y de inmediato me ofreció ayuda. ¿Estaba mareada, quería sentarme? No, no, gracias, pasa enseguida.

Tal vez un martes 19 pisaba la otra ribera verde, la otra ribera de la vida que acababa de salvar. A la mañana siguiente muy temprano, después de una noche de sueño reparador en el confortable hotel Carimá, nos acomodábamos en el pullman para visitar las famosas cataratas de Iguazú, uno de los principales atractivos del viaje. La guía eficiente recomendaba que lleváramos los pasaportes a mano porque el grandioso espectáculo de las cataratas se dominaba mejor del lado argentino. Nadie pudo entender, menos la guía, que un repentino dolor de cabeza me impidiera continuar el viaje, y bajé del pullman azorada. A mediodía llegaron los pasajeros entusiasmados, comentando el imponente espectáculo. La guía se interesó por mi salud, y le expliqué que padecía de neuralgias frecuentes agravadas por el exceso de trabajo como el que

había realizado últimamente. Por eso me tomaba unos días de descanso y distracción con el tour. Ella aceptó convencida mi excusa para quedarme en Río de Janeiro.

La llegada a esa ciudad hermosa y múltiple fue un bálsamo. Me alejaba del horror y podía mirar hacia adelante. Faltaba todavía un tramo largo de espacio y tiempo para llegar al destino soñado, La Habana. Eludí el programa turístico de paseos en el pullman y me dediqué a resolver mi futuro inmediato. Compré un pasaje en Aeroméxico ¿y la visa en el consulado argentino? No era necesaria, me aseguró el empleado de la empresa ante mi insistencia. Había llegado el momento de explicarle a la guía mi decisión de abandonar el regreso en el pullman de lujo. Y ella lo aceptó sin reticencia porque le parecía lógico y saludable aprovechar la invitación de esos amigos que le mencionaba.

De la partida de avión DC-10 de Aeroméxico con mi escaso equipaje una mañana de octubre y de las ocho horas de viaje no recuerdo nada. Me envolvía un angustioso estado de incertidumbre porque en el aeropuerto de Río de Janeiro, ya con el equipaje en la mano, abrí el sobrecito escondido en el forro de mi cartera y leí: Enviar carta o telegrama con su nombre, día, hora y característica del avión en que viaje a Rodolfo Puiggrós, casilla de correo número (no lo recuerdo) sección Distrito Federal. ¡Casilla de correo!, me dije con profundo desencanto. Quién podía estar atendiendo la casilla de correo cuando los aviones pueden llegar a cualquier hora del día o de la noche ¡sería un milagro! Eso era como tirar una botella al mar con un mensaje para que llegara a la otra orilla. ¡Un milagro!

Por fin llegó la orden de ajustarse los cinturones para el descenso y el avión aterrizó. Bajamos por la manga que desembocaba a un pasillo, directo al sector Inmigración. Un altavoz anunciaba salida y llegada de aviones, horarios, variada información. De pronto, en medio del aturdimiento que me producía el elevado volumen del altavoz, escuché mi nombre. Señora Iverna Condina, repetía la voz y daba una orden para mí. Pero la conmoción que me causó escuchar mi nombre y el ruido, me impedían entenderla. Avancé aturdida entre grupos de pasajeros que se dispersaban para cumplir sus trámites. De pronto vi dos brazos alzados mostrando un cartelito que decía "Iverna Codina", con letras de imprenta, bien visible. ¿Se había cumplido el milagro de la botella al mar? ¡Sí, se había cumplido! Me acerqué a la joven y le dije con voz quebrada: "soy yo". Me tendió la mano cordial y me explicó que era un periodista del diario "El Día", que el doctor Puiggrós me esperaba afuera, le había pedido que me acompañara para hacer todos los trámites necesarios. ¡Qué alivio! ¡Qué alivio! suspiraba yo, hasta que estuvimos frente al empleado de inmigración que revisaba mi pasaporte mientras yo seguía atenta sus gestos. Algo no le había gustado y me dijo entre asombrado y molesto: ¡Aquí falta la visa! Antes que yo intentara la explicación que "en Aeroméxico me habían asegurado", mi acompañante se adelantó y con voz firme mostrando su carnet, le dijo: "Soy periodista de "El Día", la señora es escritora y viene invitada para dictar un ciclo de conferencias. La dirección del diario se hace responsable. El empleado arqueó las cejas, dijo algo como que "está bien" y estampó los sellos correspondientes. Abracé al joven periodista, no recuerdo su nombre pero no olvidé su figura: delgado, de mediana estatura, piel trigueña, ojos vivaces y la voz con

el típico acento mexicano. Mientras nos dirigíamos a la Aduana me explicaba que allí la prensa tenía mucha influencia, tanto que se merecía el nombre de "el cuarto poder". Afuera nos esperaba Rodolfo Puiggrós. Nos abrazamos confundiendo nuestras emociones en un solo llanto, paradójico llanto. Hacía tres meses que la dictadura le había asesinado a su hijo Sergio en Buenos Aires. Y yo había ganado la vida.

Los días que siguieron fueron muy activos, excitantes, también sorprendentes. Me alojaba en la casa de los Puiggrós, me la ofrecieron con todo cariño, yo estaba de paso para La Habana. Rodolfo Puiggrós, hombre de orientación marxista, de gran predicamento. Fue rector en la Universidad de Buenos Aires, UBA. En la Universidad Autónoma de México (UNAM) dictaba las cátedras de Ciencias Sociales y Economía. Había participado en la fundación del diario "El Día" de México y era editorialista de ese diario.

En medio de toda esa actividad y de los libros que tenía en preparación, Puiggrós se dio tiempo para crear algo así como una red de salvataje para auxiliar a los perseguidos en Argentina. La red en la que su mujer Delia colaboraba con tan buenos resultados, lo comprobé y fue una experiencia que me estimuló para alcanzar mi destino final. Así una mañana temprano fui a la embajada de Cuba- aún recuerdo la calle y el número: Mazarick 554- para solicitar un pasaje a La Habana en mi condición de escritora perseguida. El trámite fue sencillo. Conocían perfectamente, a través de su embajada en Buenos Aires, el terrorismo desatado por la dictadura militar y la trágica muerte de escritores reconocidos. A la semana ya estaba en Cuba. De los días que siguieron no recuerdo nada. Me sentía envuelta en un halo de irrealidad, como si todo transcurriera en una pantalla y a otra persona. Hasta que me encontré en La Habana. Yo en La Habana, en la Casa de las Américas, la prestigiosa institución que había fundado y dirigía Haydeé Santa María, mujer excepcional por múltiples razones. Llegaba yo para trabajar en el Centro de Investigaciones Literarias (CIL). ¿La adaptación? Llevó su tiempo. Había de superar el trauma desquiciante de un desarraigo violento, el despojo total de afectos y valores, y la incertidumbre sobre el futuro inmediato y mediano. Tuve a mi favor la comprensión y la solidaridad de los compañeros de trabajo. Y la íntima alegría de reencontrarme con mi hijo Jorge que trabajaba en el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAI). Con estos estímulos fue renaciendo mi profundo interés por la literatura latinoamericana en la que ya había incursionado con el ensayo "América en la novela". Y qué sitio mejor pudo ser que el CIL dirigido por Trinidad Pérez Valdés, Trini para todos, donde colaboraba Mario Benedetti, eximio poeta y narrador uruguayo y amigo solidario. En el CIL las horas de trabajo se deslizaban en un ambiente grato, reconfortante, que establecía el natural buen humor y optimismo de los cubanos, pese al rigor del bloqueo impuesto por Estados Unidos. Así pasaron semanas, meses, años en los que participé de las actividades de la Casa y entablé amistades entrañables con los compañeros. Los veo a todos, veo sus rostros en mi memoria, pero no recuerdo sus nombres, secuela de los desgarros psíquicos sufridos bajo la persecución y el terror desatados por entonces en mi país. Me quedan Mariano Rodríguez, pintor de reconocido prestigio porque me obsequió una carpeta con reproducciones de algunas de sus telas en acrílicos; Roberto Fernández Retamar, el exquisito poeta y ensayista, porque dirige

hasta hoy la revista Casa, en la que colaboré y estoy suscripta, y además fue invitado por la UBA para dictar una serie de conferencias, ocasión en que pudimos intercambiar saludos, noticias, impresiones de aquí y de allá. Fue en 1986, aunque no recuerdo la fecha exacta.

Año tras año pasan por la Casa de las Américas, con motivo del premio que esa institución otorga a la producción literaria de nuestros países, notables escritores latinoamericanos para cumplir la misión de jurados. Esa circunstancia me dio la oportunidad, además de participar dos veces como jurado, de mantener diálogos con novelistas que leía y admiraba de mucho tiempo atrás: Alejo Carpentier, Arturo Uslar Pietri, Miguel Otero Silva, Juan Bosch, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Manuel Scorza, Juan Carlos Onetti, Sergio Ramírez, Fernando del Paso, y tantos otros.

A propósito de jurados, debo mencionar una decisión de las autoridades de la Casa de las Américas que me enorgullece. Era el año 1977, yo había rescatado en medio de los avatares del exilio, el original de una novela inédita "Los días y la sangre". Allí narraba el levantamiento popular que se originó en Córdoba, Argentina, de ahí que se lo llamó "Cordobazo" y tuvo repercusión en todo el país. Por supuesto, fue sofocado violentamente por los militares de turno. Yo pensaba presentar esa novela para competir en el concurso Casa de las Américas, para el que ya estaba designada como jurado, por lo tanto pedí que se me eximiera del cargo. La decisión, que me enorgullece hasta hoy, fue que yo sería jurado y los originales de "Los días y la sangre" se publicarían en la Colección Honda de la Casa de las Américas. Así fue. Y para satisfacción de todos, "Los días y la sangre" mereció comentarios elogiosos publicados en la revista "Estafeta Literaria de Madrid" firmado por Antonio Chazarra Montiel. La revista "Plural" publicó una nota firmada por Eduardo Casat. "Deseo expresar aquí mi reconocimiento a escritores cubanos que me brindaron una amistad generosa y solidaria: Omelio Jorge Cardoso, Eliseo Diego, Lisandro Otero Silva y Nicolás Guillén. En los cinco años que viví en Cuba, reencuentros, convivencias, hechos, acontecimientos, reafirmaron mis convicciones y mi afán por conocer ese pueblo, esa historia, esa geografía que amaba desde que alumbró la Revolución con Fidel Castro. Hablo de reencuentros, el primero que perdura hasta hoy fue con la familia Guevara. Conocí a Ernesto Guevara Linch y a su segunda esposa Ana María Erra, en una exposición de pintura en homenaje al Che que se realizó en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos en Buenos Aires (69 ó 70, no recuerdo) y en la que participaban pintores argentinos notables, entre ellos Carlos Alonso y Carpani. La exposición fue clausurada por orden judicial el mismo día de su inauguración, con un público numeroso y jóvenes que depositaban claveles rojos al pie de los cuadros. Sorpresa grata fue ver los cuadros en una sala de la Casa de las Américas. Y alegría reencontrarme con Ernesto Guevara Linch y con su esposa Ana María que adoptaron a Cuba como su segunda patria. Tenían tres hijos pequeños, María Victoria, Ramón y Ramiro en homenaje a los nombres que el Che usó en su campaña.

Con el correr de los años, la frecuentación y la coincidencia de ideales, mi relación con los Guevara fue tan familiar que, con la especial atención que me brindaban Ernesto y Ana María, me sentí un miembro más de la familia. Los avatares del exilio me

llevarían a frecuentar a otros miembros de la numerosa familia de Ernesto Guevara Linch. Aquí un paréntesis para acercarme al tema que me atrajo desde que llegué a la Isla, la influencia de la religión africana Yoruba sobre la cubana. Sabía por lo que observaba y escuchaba que se había producido desde tiempo atrás el sincretismo de ambas religiones, cristiana y yoruba. Me intrigaba saber cómo funcionaba. Tuve la oportunidad de satisfacer mi intriga y curiosidad en la Casa de las Américas, y también sorprenderme por tratarse de un estrato social muy culto.

Un día, otro, y otro, Mario Benedetti llegó a nuestra sala de trabajo quejándose, andaba distraído, torpe, se bajó de la guagua antes que frenara y quedó colgado, cruzó una calle sin ver la luz roja del semáforo. Al tercer día de estas peripecias encuentra atada en la silla de su escritorio una cinta roja, la mira con sorpresa, nos mira a nosotros. Silencio. Entonces Trini, nuestra directora, le dice muy segura: "lleva esa cinta roja en el bolsillo para que Eleguá, el Orisha, guardián de los caminantes te libre de un accidente grave". Pasaron varios días y Mario recuperó su habitual buen humor. Los compañeros y Trini estaban satisfechos, estaban seguros que así sucederían. Yo, racionalista, lo atribuí a una reacción psicológica de Mario, y él aceptó como un hecho una frase ingeniosa que no recuerdo. De las muchas satisfacciones recibidas durante mi trabajo en el Centro de

Investigaciones literarias recordaré siempre con íntima alegría las circunstancias que me permitieron descubrir a un joven escritor. Un día, Mario Benedetti me pasó una novela que le habían enviado desde Ecuador y me dijo dudoso: "Léela, si te parece hace una nota". La novela se titulaba "La Linares", su autor Iván Egüez, un joven ecuatoriano. La leí con mucho interés y expectativa y fue como descubrir el talento, el ingenio y la originalidad de su joven autor. El narrador cuenta la historia de una mujer que existió. Nacida en las clases bajas y de dudosa paternidad, alcanzó con su belleza y ambición los estratos más altos de la sociedad ecuatoriana. Escribí una nota extensa con un minucioso análisis de la estructura, el lenguaje, recursos narrativos, manejos del tiempo, personajes, contexto histórico, etc., que publicó la revista Casa de las Américas. Tanto fue el interés que despertó la novela a raíz de la nota, que el Centro de Investigaciones Literarias decidió invitar a su autor. Llegó Iván Egüez y cuando me lo presentaron me abrazó conmovido y me contó que las críticas en Quito le fueron adversas, aducían que nadie que no conociera de cerca el ámbito de la novela podía interesarle. Al leer mi nota la mostraba feliz y se vanagloriaba que una escritora argentina, lejana en la geografía la hubiera interpretado tan bien. La Casa de las Américas lo premió con la reedición de "La Linares", guardo un ejemplar en mi biblioteca.

### **¿Qué anécdota me puedes contar sobre el exilio?**

Creo oportuno narrar aquí una anécdota para valorar hasta qué punto se nos consideraba integrados. En la Casa de las Américas, los escritores que trabajábamos en el CIL, Mario Benedetti, Alfredo Gravina, uruguayos, y yo, argentina, estábamos contratados. En tal condición participábamos de las asambleas convocadas por la dirección dando opiniones, sugerencias, cambios, que en algunos casos fueron

aprobados. Pero no teníamos opción al voto. A Mario le pareció injusto y maquinó una protesta ingeniosa que nos entusiasmó. Llegado el día de la asamblea y el momento de poner en consideración el primer tema, nosotros avanzamos en fila repitiendo en voz alta: "Queremos voz y voto...queremos voz y voto..."mientras agitábamos un cartelito con la misma consigna. La sorpresa apagó todas las voces, silencio profundo. Y de pronto estalló un aplauso cerrado, de pie: aprobada la moción por unanimidad. Este era el clima de comprensión y compañerismo que establecía la Dirección de la Casa de las Américas.

Preciso es que cuente también otra anécdota de que no olvidaré nunca por tratarse de quienes se trataba. No recuerdo exactamente el año, era enero, sí, tal vez del '78. Los escritores invitados como jurado del Premio Casa de las Américas se alojaban en el hotel Riviera, hermoso edificio junto al mar. Una mañana, para cumplir una de las tareas -no recuerdo cual- que asumíamos como anfitriones quienes trabajábamos en la Casa, tomo el elevador -como dicen allá- y descendo en el piso octavo. Apenas he dado un paso y no puedo creer lo que veo. Al fondo del pasillo alfombrado de rojo una figura alta y desgarbada se empeña en un insólito deporte para ese ámbito. Me acerco y exclamo mi asombro con el cubanísimo "Cosa más grande, Caballero". Nada menos que Julio Cortázar se esforzaba por acomodar el largo de sus piernas a los pedales de una bicicleta. Y me explica: llegaba del invierno de París al invierno del trópico y había comentado que su sueño - un sueño en niño de noches de Reyes Magos- sería tener una bicicleta para hacer largos paseos bajo ese sol único junto al mar. Haydée Santamaría se enteró del comentario y con ese saludable sentido del humor que la distinguía, se transformó en Rey Mago y aparecieron dos bicicletas en la habitación de Cortázar, una para él y otra para Carol, su compañera.

Conocí a otros exiliados, argentinos, uruguayos, colombianos - recuerdo a Marulanda, el famoso "Tirofijo", que estuvo poco tiempo en Cuba. Las relaciones fueron cordiales, pero aclaro que trabajábamos en sectores distintos, nos veíamos poco y he olvidado sus nombres. Escritores chilenos de renombre pasaron por La Habana como invitados por ese entonces. Recuerdo especialmente a Antonio Skármeta y a Poli Délano porque tuve la oportunidad de tratarlos muy de cerca. En La Habana participé con entusiasmo en marchas y en concentraciones multitudinarias en la Plaza Revolución para escuchar los discursos y arengas del Comandante. El carisma de Fidel Castro, su palabra precisa, incisiva, y su argumentación irrefutable para defender a Cuba del bloqueo, desmanes y prepotencias de Estados Unidos, enardecía a la multitud, a mí también. La figura de Fidel había alcanzado proyecciones de un héroe, casi míticas, que providencialmente se ha librado de numerosos atentados contra su vida. Hasta se cuenta una anécdota que asevera lo dicho: Cuando Fidel Castro visitó Chile invitado por Salvador Allende, se realizaron concentraciones y desfiles para satisfacer el fervor del pueblo chileno que anhelaba saludarlo, aclamarlo. Pese al despliegue de vigilancia, un agente con la misión de eliminarlo, se parapetó en un lugar estratégico. Con la mira de su arma enfocó y siguió al Comandante que desfilaba en coche descubierto junto a Allende. Y en el instante preciso que debía apretar el gatillo, bajó el arma y se dijo: "No puedo". Tal fue la impresión que le causó conocer a Fidel aclamado por un pueblo entero entre banderas de Chile y de Cuba. Pues bien, yo creo que nadie que haya

visitado Cuba, no ha tenido el secreto anhelo de estrechar la mano de Fidel. Yo tuve el privilegio de hacerlo en varias ocasiones. El Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAI) realizaba y realiza hasta hoy, cada año en diciembre, el Festival Internacional de Cine, con jurado también internacional. Cierran los festivales con una recepción a la que asistí siempre como invitada en el magnífico salón, decorado con helechos naturales, del Palacio de la Revolución. Fidel Castro saludaba, como indica el protocolo, a la entrada del salón y acompañado por el Ministro de Cultura y otras autoridades, a cada invitado estrechándole la mano con una palabra cordial. Ya adentro, el numeroso público de gente de cine y de invitados especiales se distribuía en grupos alrededor de las mesas servidas con apetitosos manjares. Pero el comandante se mantenía un poco alejado, rodeado de comensales ansiosos por intercambiar opiniones. Y no probaba bocado ni bebida alguna por razones de seguridad. Al promediar el festejo se retiraba discretamente a una sala privada para compartir el diálogo con cineastas cubanos y latinoamericanos que participaban del Festival. Un acontecimiento para mí y que llenó de dicha y de ternura mi vida hasta hoy fue en el año 1979. Mi hijo Jorge había formado hogar con una atrayente cubana, Dolores Rodríguez, que a su vez tenía dos hijos pequeños, de cuatro y tres años, Audry y Marlon. El día 19 de julio de ese año, saltó la noticia esperada, o dos noticias esperadas: el triunfo de la revolución en Nicaragua y el nacimiento de mi nieto Ramiro, que así se llamaría también en homenaje al alias del Che, y que pasaría a ser Ramiro II porque Ramiro I era el hermanastro de Guevara, quien le llevaba una pequeña diferencia de edad a mi nieto, que se emparejó con el correr de los años y fueron muy amigos.

Así, para completar el tema de recepciones con la presencia de Fidel, contaré una anécdota que me enorgullece. A finales de '79 o principios del '80, se realizó en Cuba una exposición internacional de pintura, pudo haber sido una bienal, pero no recuerdo ahora. En la recepción de agasajo a los pintores, a la que fui invitada, me encuentro con un pintor argentino residente en París que conozco desde hace muchos años, Antonio Seguí, acompañado de su esposa. Era la primera vez que Seguí visitaba Cuba y estaban tanto él como su esposa, muy emocionados de conocer al Comandante y estrechar su mano en el saludo protocolar. Fidel, apartado del bullicio de los comensales, estaba rodeado de pintores que deseaban dialogar con él. Seguí le estrechó la mano, le presentó a su esposa, elogió el éxito de la exposición y la actividad cultural cubana. Pasé yo, le estreché la mano y le dije muy segura y feliz: "Comandante, ya eché una raicita en Cuba, tengo un nieto cubano". Respuesta: "¡Qué tú tienes un nieto cubano! Ven acá". Me abrazó y me dio un beso. Asombro y alegría de los esposos Seguí que repetían: ¡Te besó! ¡Te besó! y otras voces femeninas que exclamaban: "¡Feliz de ti! ¡No te laves la cara!"

El tiempo trascurría veloz, disfrutaba con mi trabajo de investigación de la novela del Caribe que me ofrecía un mundo fascinante y desconocido. Publiqué otras notas en la revista Casa y hasta tuve el privilegio de representar a la Casa de las Américas en un Congreso de Escritores realizado en Sofía, Bulgaria, país que fue para mí la imagen fiel de mi Mendoza, provincia donde estudié y escribí la mayor parte de mi obra: alamedas, saucedales, viñedos, vinos excelentes, frutas, gente cordial y solidaria.

Sí, los días y los meses transcurrían veloces y yo disfrutaba de otro aspecto, de lo mucho que ofrecía Cuba: la bella música desde el bolero sentimental, el danzón, el son, hasta el alegre cha-cha-chá, y la contagiosa salsa para el baile. Disfrutaba de las delicias de las frutas tropicales, el mango, la piña, el plátano, la guayaba que merecía el título de un libro de García Márquez, "El olor de la guayaba". Disfrutaba de experiencias integradoras y sorprendentes para mí como lo fue el trabajo voluntario. Fui dos veces, una a la cosecha del café, que se hace a mano. La otra también a mano, la selección de las hojas del tabaco para la fabricación manual de los famosos habanos. Disfrutaba del canto de los pájaros, el tocororo, ave nacional porque tiene los colores de la bandera, el sinsonte, el tomeguín, el azulejo, el zunzún, entre tantos otros.

Pese a todos los halagos y experiencias, no podía superar el miedo ante un peligro previsible en un futuro inmediato. Mi situación era la siguiente: cada seis meses yo debía viajar a México para solicitar en el consulado argentino un certificado de sobrevivencia, que enviaba a mi sobrino en Mendoza para presentar ante la Caja de Jubilaciones, de lo contrario perdía el beneficio. Cada viaje era una pesadilla para mí. De hecho, entraba a territorio argentino y podían secuestrarme si recibían la "lista negra". Mi pasaporte no tenía la visa de Cuba, figuraba un papel aparte, era una medida de seguridad de Migraciones cubana, así yo aparentaba residir en México. Allí me alojaba siempre en casa de los Puiggrós. Me enteraba horrorizada del avance en Argentina del terrorismo de Estado. El mecanismo impuesto fue la "operación Cóndor" que consistía en secuestrar "fugitivos" buscados en Uruguay, Paraguay y Chile. Y cada uno de esos países, a su vez, podía hacer lo mismo en los restantes. De modo que el número de víctimas de la dictadura argentina aumentaba día a día, a tal punto que la cifra llegó a treinta mil desaparecidos!

A mediados del año 1981, no recuerdo la fecha exacta de ese viaje a México, me preguntaron en el consulado argentino si había recibido una circular según la cual, a los extranjeros naturalizados argentinos no se les actualizaría el pasaporte y tendrían que regresar a su país de origen. Me quedé anonadada: mi país de origen era el Chile del dictador Pinochet. Sin pasaporte uno queda inmovilizado. ¿Qué podía hacer?, me preguntaba al filo de las lágrimas, cuando apareció la tablita de salvación, como me ha sucedido en tantas situaciones límites. Una joven simpática, atenta, que a veces solía atenderme, se acercó y con el pretexto de mostrarme la circular, me dijo mientras leíamos algunos párrafos, que podía quedarme en México si aseguraba tener un contrato de trabajo: "Y se lo van a aceptar porque hay una cláusula al respecto". Me miró cariñosa y convincente. Le apreté la mano y le dije: "Gracias, gracias, te voy a recordar siempre". Y salí esperanzada. Le conté a Rodolfo Puiggrós y me dijo que la solución era mucho más simple y segura: debía pedir asilo político en México. Sí, era una solución. Pero tenía que afrontar otro tremendo desgarró afectivo: abandonar mi ámbito de trabajo en la Casa de las Américas, donde encontré solidaridad, amigos para siempre y enriquecí mi acervo cultural. Y sobre todo, abandonar Cuba, con todo lo que representaba para mí en lo social, en lo político y lo familiar.

Regresé pues a La Habana. Expuse mi situación a las autoridades de la Casa de las Américas. No hubo sorpresas, era previsible que eso ocurriera. Me tranquilizaron, las

relaciones entre México y Cuba eran excelentes y no habría dificultad alguna con la documentación para el intercambio de viajes familiares. Sí, lo sabía desde que llegué a México, Puiggrós me lo había asegurado. Además, yo conocí en La Habana a mexicanos que participaban en eventos culturales y los reencontré después en México. Con clama reticente comencé a preparar el nuevo desarraigo, sobre todo el familiar. Mi familia cubana, Ramiro que vi crecer y que tenía ya casi tres años - edad maravillosa en la que va descubriendo el lenguaje, el mundo que lo rodea- y que estaba muy encariñado conmigo. Y yo ¡para qué decirlo! A la Casa de las Américas concurrí una semana con el horario habitual, de 8:00 a 17:00, para ordenar todo el material de la investigación de la novela del Caribe y pasar en limpio los últimos apuntes. Y conversar con mis compañeros, recibir recados porque en México había gente conocida de Nicaragua, de Argentina, de Uruguay, y recomendaciones, escribe, cuídate, no te olvides.

Transcurrieron no más de veinte días en el vértigo de trámites, equipajes, despedidas, adioses y algunas lágrimas, cuando emprendí el viaje a México. Me sentía decepcionada, sin embargo, alentaba una esperanza para el futuro inmediato. Me esperaba Rodolfo y Delia, eso sólo ya era alentador. Sí, estaban contentos de verme, de saberme para una permanencia indefinida, tan indefinida como la permanencia de la dictadura militar. Surgía pues la necesidad de una vivienda para mí. Yo había decidido vender mi departamento en Buenos Aires. ¿Cómo y quién, de tanta confianza, aceptaría asumir ese compromiso? fueron los interrogantes de Rodolfo. Expliqué: una circunstancia fortuita y un amigo providencial. Fue en Bulgaria, me encontré allí con un amigo poeta, Sigfrido Radaelli, invitado también al Congreso de Escritores. Ya estaba enterado de mi exilio en Cuba. Le expliqué las causas por las cuales debía exiliarme en México, y que deseaba vender mi departamento de Buenos Aires. Me ofreció de inmediato hacerse cargo de la operación. Se lo agradecí emocionada. Y agregó que era muy oportuna la venta porque la dictadura militar estaba confiscando las propiedades de quienes huyeron del país para salvar sus vidas.

Hice un llamado telefónico a Buenos Aires para hablar con Sigfrido, me atendió Amalia, su esposa, excelente amiga también. Me dijo que él no andaba bien de salud, en ese momento estaba descansando, pero que no me preocupara porque la venta del departamento estaba resuelta. La escritura se firmaría en esos días, Sigfrido me llamaría. Efectivamente, el departamento se vendió y a buen precio, en esa época la propiedad se cotizaba bien. Yo tenía prevista la zona que me interesaba, Colonia del Valle, tranquila, familiar, grata por sus arboledas, y lo más importante para mí, donde habían recalado muchos argentinos. Me instalé en la calle Providencia, en un edificio de cuatro plantas recién reciclado, número 348, en el departamento 301. Ya Rodolfo me había presentado una periodista del diario "El Día", Victoria, para que me hiciera un reportaje como escritora exiliada. Y fue ese reportaje el testimonio que ofrecí en Gobernación (Migraciones) para obtener el documento inmigratorio, y un carnet de identidad como residente permanente.

Esto ocurría en octubre de 1981. Me sentí más segura, podría tener una relativa estabilidad en el futuro inmediato. El departamento con la ayuda y la experiencia de

Delia, adquirió un aspecto muy grato con muebles, jarrones, tapices, loza, todo estilo mexicano, económico y decorativo. En ese ámbito acogedor instalé mi taller de narrativa. Tengo una larga experiencia como orientadora de taller, a la que he sumado mi condición de maestra. Sabido es que la literatura, una de las Bellas Artes que tiene como instrumento la palabra, no se enseña. Quien tiene vocación por las letras y algo que decir va a encontrar la forma de decirlo. Hay que acudir a los más notables narradores latinoamericanos: Rulfo, Asturias, Fuentes, Guimarae Rosa, García Márquez, Cortázar, Carpentier, Roa Bastos, Benedetti y tantos otros, para comprobar la enorme y atractiva eficacia que alcanzaron, recreando procedimientos, inventado nuevas técnicas y estructuras narrativas, innovaron el lenguaje con la incorporación del habla coloquial que recrea la cultura y signa la identidad de cada pueblo.

### **¿Cómo fue tu tarea como orientadora de los talleres de escritura?**

Pues bien, mi tarea como orientadora de taller me ha llevado a conformar un programa sistematizado y didáctico de las múltiples formas de narrar. Esto es ofrecerles ese bagaje al incipiente narrador como parte técnica y teórica, que, en definitiva tienen en su base todas las artes: pintura, escultura, dibujo, música, etc. Resumiendo, dos propuestas: qué contar y cómo contarlo. La primera la debía resolver o la tenía resuelta el novato cuentista, el cómo contarlo constituiría el espacio de mi trabajo.

Con la intención de establecer implícitamente una ética y una estética en el taller, adopté como divisa la definición de narrador que dio Lope de Vega (1568-1635) que me parece una síntesis perfecta y de significativa vigencia: "el narrador es alma y voz del silencio de muchos". Las sesiones del taller, de dos horas de duración, se enfocaron con el método didáctico siguiente: en la primera hora se explica la parte teórica correspondiente al programa, ilustrada con material seleccionado de narradores latinoamericanos, y fotocopiado para que cada asistente pueda releerlo, anotarlo y coleccionarlo en una carpeta para consultas posteriores. La compilación de ese material- cuentos en su mayor parte-constituye una verdadera antología que, además de ofrecer la indispensable ejemplificación, amplía el conocimiento sobre autores de distintos países, incita a la lectura y, sobre todo, enriquece el lenguaje, instrumento básico del narrador. En la segunda hora se leen los trabajos de los concurrentes y se analizan a la luz de los elementos teóricos que se van aportando.

En ese sentido recibí múltiples satisfacciones, libros de cuentos que nacieron y crecieron en mis talleres, cuentos premiados, libros premiados y publicados. El tiempo transcurría y yo sentía que junto con la actividad gratificante del taller, estaba haciendo pie en ese futuro mediato, integrado por escritores amigos que reencontré exiliados: Pedro Orgambide, Humberto Constantini, David Viñas, con dos hijos desaparecidos en Buenos Aires, Jorge Boccanera, todos ellos con quienes compartía anhelos y esperanzas. Escritores de prestigio, continuaron su obra escribiendo cuentos, novelas, ensayos, poesía. Por mi parte, estuve muy activa: escribí notas para la revista "Plural", dicté conferencias, visité exposiciones, conocí los famosos murales de Diego Rivera, Orozco, Siqueiros. Pero no puede comenzar la novela del exilio que tenía proyectada con el título posible de "Un barco en la bahía", en referencia a un barco

argentino que vi en La Habana y que me despertó sentimientos tan hondos como contradictorios. Es que me resultaba difícil ser objeto y sujeto a la vez. Tenía que tomar distancia de las situaciones cruentas vividas para recuperar la objetividad necesaria. Hice anotaciones y acumulé información que me serían muy útiles.

Desde que llegué a México me interesé por su novelística tan rica y múltiple a la que yo conocía por la lectura de muchos autores cuyas obras conservo en mi biblioteca, y además porque la novela latinoamericana ha sido mi tema de investigación. Ya en 1964 había publicado "América en la novela" (Ediciones Cruz del Sur, Buenos Aires). Pero fue la presencia, el conocimiento personal de novelistas que admiraba lo que me permitió la integración al ámbito cultural de México. Nombro a Carlos Fuentes, Jaime Labastida, Pablo González Casanova, Eraclio Cepeda, José Emilio Pacheco. Carlos Fuentes ha trabajado la historia de México con el compromiso que asumieron los novelistas del boom de los 60' con la nueva novela latinoamericana: desentrañar la realidad de los pueblos. Fuentes, fiel a su compromiso que estimulaba la confusa, múltiple y fascinante realidad mexicana, asumió como una obsesión, una ética y una estética descubrir la identidad mexicana. Toda su vasta y excelente obra -cito algunas de sus novelas señeras: "La región más transparente", "La muerte de Artemio Cruz", "Cambio de piel", "La frontera de cristal", "Los años con Laura Díaz"- atraviesa la historia de México en procura de ese objetivo. Dueño de todos sus recursos, emplea una eficaz técnica narrativa que ha tomado el tiempo como esencial instrumento. Yo lo había observado desde que leí años atrás "La muerte de Artemio Cruz" y lo pude confirmar cuando Fuentes, invitado a una de las anuales Feria del Libro de Buenos Aires, no diré conferencia como estaba anunciada, dictó una clase magistral sobre el manejo del tiempo en la narrativa. La ovación y un corrido de los mariachis cerraron el acto. Yo estaba feliz, fascinada, pude estrecharle la mano, agradecerle con palabras conmovidas su preciosa lección. Es que yo también en mi trabajo de taller he dado especial importancia al manejo del tiempo en la narrativa. Si me he referido en particular a Carlos Fuentes es porque vengo de la época del boom y con mi novela "Detrás del grito" (1961, Primer Premio en el Concurso Internacional de la Narrativa, de la Editorial Losada) había asumido el compromiso que ya tenía cuando adopté la definición de Lope de Vega -"el narrador es alma y voz del silencio de muchos"- de tanta vigencia y significación a pesar de los siglos transcurridos. Y me propuse con "Detrás del grito", los cuentos y novelas que seguí editando, denunciar la marginación degradante de sectores de nuestra sociedad. Un párrafo imprescindible para destacar a las escritoras mexicanas- y no sólo escritoras, a la mujer mexicana- que se han atrevido a enfrentar el tradicional machismo mexicano que las condenaba al hogar para la atención de los hijos numerosos, y especialmente para la cocina, famosa por lo compleja y variada y con tantas delicias también, para descargar toda esa energía, creatividad y tiempo en la novela, superando ataduras y prejuicios. Resultado: novelistas y novelas que han saltado a la fama internacional por la excelencia literaria y el contenido que incursiona en el antes y en el después de la revolución. Cito a dos de ellas que conocí y de las que tengo sus obras: Elena Poniatowska y Ángeles Mastretta. Creo oportuno transcribir aquí lo que expresé con motivo de presentar la reedición de "Detrás del grito" y los cuentos de "La enlutada", se realizara en la Casa de Mendoza en marzo de 1994) "Mi integración al ámbito cultural mexicano, si bien

comenzó con su novelística porque era, desde años atrás, lo que estaba próximo a mi conocimiento, no estuve ajena, desde que llegué a México, al enorme atractivo que despierta ese país sustentado en míticas raíces culturales, crisol de culturas milenarias, de múltiples etnias que aún subsisten con sus dioses, sus mitos mágicos, sus cultos, la belleza tan variada y original de su artesanía, la tercera en el mundo después de la de China y de India". Conocer, contemplar en el centro histórico del Distrito Federal, el Templo Mayor azteca junto al zócalo donde se levanta la Catedral, magnífica obra de la arquitectura colonial, despertó en mi tanto interés y me propuse visitar ciudades y pueblos en compañía de Victoria Azurduy que manejaba su pequeño Volkswagen. Así tuve la oportunidad de conocer y disfrutar muchas ciudades mexicanas.

### **¿Cómo te relacionabas con lo que estaba sucediendo en Argentina?**

Yo, como todos los exiliados, estuvimos siempre al tanto de lo que sucedía en Argentina a través de los diarios, algunos de Buenos Aires y otros mexicanos-Excélsior, Uno más Uno, y especialmente El Día, donde Rodolfo Puiggrós, uno de sus fundadores, publicaba sus editoriales con agudas críticas y denuncias sobre el accionar de la dictadura militar. En abril de 1982 la noticia sorprendente: Las fuerzas armadas invaden las Islas Malvinas. Era evidente que esa guerra significaba el último golpe de prepotencia militar. Y no pudimos comprender cómo tanta gente que aún sufría el genocidio pudo entusiasmarse, acompañar con fervor la campaña, incluso colaborar con la "hazaña" de los militares que recuperarían las Malvinas porque son argentinas. Para los entusiastas, nosotros éramos antipatriotas, eran los mismos que años anteriores, los que alcanzamos el exilio, fuimos "por algo será". Hasta que con la democracia llegó la hora de la verdad. La soberbia, la impunidad que creían conservar y la ignorancia, le impidió a la Junta Militar valorar el poderío militar inglés. La derrota fue ominosa. Se produjo la disolución de la Junta y el derrumbe de la dictadura militar. Debí de pasar más de un año de tratativas y propuestas, entre partidos políticos, la Iglesia, los militares y el peronismo, para realizar las elecciones generales el 30 de octubre de 1983. Los candidatos de la presidencia fueron Raúl Alfonsín por la Unión Cívica Radical (UCR) y por el peronismo Ítalo Lúder. Abiertas las urnas el resultado fue contundente. Alfonsín ganaba con el 52% de los votos. La transición democrática fue muy difícil y cruenta. Alfonsín tuvo que hacer concesiones con un alto costo político desprestigio de su figura para matener el equilibrio frente a las fuerzas derrotadas - principalmente los militares y el peronismo- que negaron avenirse al triunfo legítimo del radicalismo. Los objetivos prioritarios de la plataforma electoral fueron: fortalecer la Democracia y afianzar el Estado de Derecho. Para este último objetivo, el de mayor trascendencia, formó una comisión de notables de todos los sectores sociales para investigar a fondo los graves delitos cometidos durante la dictadura. El 4 de julio se emitió por el canal 13 de televisión de la capital, sin cortes ni publicidades, los 90 minutos del estremecedor Nunca Más. La CONADEP había reconstruido el rompecabezas del terror a pesar de la supresión y ocultamiento de pruebas de los responsables. Se afianzó el Estado de Derecho, se hizo justicia, los culpables fueron juzgados y condenados.

La democracia renacía, llegaba la hora del regreso, del desexilio -como decía Mario Benedetti. También, de analizar qué fue de la literatura bajo los años del terror. Para los escritores que se quedaron, la creación literaria quedó clausurada como correlato del tiempo histórico. Les quedaron pocas alternativas: el arrinconamiento desconectado de la realidad en curso o convertir la escritura en una forma de resistencia pasiva, apelando a la fantasía o a la magia para transformar la realidad en una gran metáfora, tal como la novela de Daniel Moyano "El vuelo del tigre". Julio Cortázar ha dicho que "la literatura argentina de esos años ha oscilado entre el exilio y el silencio forzoso, entre la distancia y la muerte". Compartiendo la opinión de Cortázar, pienso que en ese período, el más tenebroso de la historia de nuestro país, la literatura ha sido la suma de lo que han escrito los exiliados de adentro y los exiliados de afuera. El radicalismo ha respetado siempre la libertad de expresión. Alfonsín formó, ya desde su campaña electoral, una comisión de cultura para fomentar el desarrollo y la participación de todos los sectores interesados. El genocidio de la cultura, como lo llamó Julio Cortázar, llegaba a su fin. El regreso significaba volver a empezar. Porque en el curso de una década habíamos creado, como es lógico, una cierta estabilidad afectiva y económica que necesitaba su tiempo para tomar decisiones.

En 1984, si preciso bien la fecha, llegó a México el presidente Alfonsín. Dentro de los compromisos oficiales dejó un espacio para reunirse con los exiliados en la embajada argentina. La reunión fue muy concurrida. Alfonsín saludó a los presentes con palabras cálidas, deseando nuestro regreso y explicó los fundamentos de su gobierno: fortalecer la Democracia y afianzar el Estado de derecho. Luego cedió la palabra a su ministro Dante Caputo, quien explicó que se había formado una comisión especial de profesionales para atender las dudas, los temores, las causas que obligaron al exilio. Insistió en que las detenciones o condenas por ideología cualquiera fuesen, serían anuladas. (A esa comisión debimos recurrir Jorge y yo para legalizar nuestra situación en el país). No así, quienes usaron las armas y cometieron delitos que pasarían a la Justicia para ser juzgados como corresponde a un Estado de Derecho, insistió el ministro Caputo. Cumpliendo con los objetivos de difusión cultural, Alfonsín inauguró una espléndida exposición de pintores argentinos en el Museo de Arte Moderno. Allí sí pude saludarlo con un abrazo y decirle emocionada: "Abrazo en Usted, señor presidente, a nuestra democracia felizmente recuperada". Me lo agradeció, creo, que también emocionado.

Ese mismo año, 1984, regresó la familia Sandler a nuestro país. Su ausencia me produjo un vacío: me faltaba el afecto entrañable, la seguridad, el respaldo familiar porque era y es hasta hoy mi familia, como fue y lo sigue siendo hasta hoy Victoria. En ese lapso regresaron los escritores amigos: Pedro Orgambide, Humberto Constantini, Jorge Boccanera y David Viñas.

### **¿Cómo se inicia tu regreso a Argentina?**

Estábamos en marzo de 1986. Victoria había regresado definitivamente en diciembre del año anterior. Yo extrañaba mucho su compañía. En cambio estaba Ricardo Sandler

que como arquitecto tenía obras en ejecución y no podía fijar fecha de regreso. Era un entusiasta de mi taller de narrativa, ese ámbito de compañerismo y creatividad que nos alejaba por algunas horas de preocupaciones.

Yo tampoco podía fijar fecha, sí, que lo haría ese año. Tenía que resolver serios problemas económicos. En primer lugar, un juicio que entablé contra el Banco Banamex porque de mi cuenta de ahorro de ocho mil dólares faltaron cinco mil que yo no había retirado. Lo gané pese a las vueltas y dilaciones del banco. El otro problema que me inquietaba era la venta de mi departamento. Supe que el valor de las propiedades había caído bruscamente. Me hice asesorar y me quedé poco menos que desolada. El valor de mi departamento apenas cubría la tercera parte de su valor inicial. Como tenía decidida la venta, concreté la operación con un interesado de relativa confianza porque era pariente de un vecino conocido. Perdía una fortuna, eso significaba para mí la diferencia entre los ochenta mil dólares que invertí en la compra y los veintiséis mil en que los vendí. Las múltiples tareas domésticas para el desalojo, equipaje, trámites de documentación, despedidas incluidas la muy emotiva del taller, borraron en parte el amargo saldo de la venta. Entonces me asaltó el trauma del desexilio como lo llamaba Benedetti al regreso. Sí, tenía miedo de viajar sola, de llegar al aeropuerto y pasar por la aduana, miedo de enfrentarme con los fantasmas del pasado de las calles de Buenos Aires.

Como sucedió tantas veces en situaciones límites, apareció la providencial mano salvadora. Héctor Sandler estaba en México. Había vuelto para incorporarse a la UNAM después de cumplir el año sabático que le correspondía como profesor titular, y presentar su renuncia. Ya con su pasaje de regreso en mano fue a saludarme, a transmitirme los buenos deseos de Teté para mi regreso. Héctor sabía de la venta de mi departamento por

Ricardo. Le dije que tenía miedo de viajar sola, de la revisión en la Aduana. Me interrumpió. El me acompañaría. Así fue. Me espero una semana. Cuánto le agradecí ese gesto tan espontáneo y generoso. No lo olvidaré nunca. Fue providencial su compañía.

No recuerdo la fecha del viaje, debió ser en julio o agosto. Pero sí recuerdo bien la llegada al aeropuerto internacional de Ezeiza. En la Aduana, como yo temía, hubo dificultades. Pero Héctor insistió en que para los exiliados políticos se habían establecido franquicias para el pago de aranceles. El argumento fue convincente y pasamos. A la salida, gratísima sorpresa para mí: Teté nos esperaba, Héctor me lo había ocultado. Con el cariño y el apoyo generoso que me brindaron mis amigos de siempre, pude reorganizar mi vida, desterrar temores, instalar mi hogar. Pasaron meses, un año o más. Fortalecidos los vínculos familiares y sociales, plenamente insertada en el ámbito literario, llegó el momento de comenzar la novela que tenía diseñada con anotaciones y material recopilado en México. Su título, *Un barco en la bahía*, en referencia a aquel barco argentino anclado en la bahía de La Habana, visto desde el exilio.